

del cristiano no nace sólo de una sensibilidad social sino de su identificación con Jesucristo. De aquí parten —en opinión del autor— dos líneas argumentales: por un lado, una llamada a la coherencia personal en el trabajo y en las relaciones con los demás hombres; y, por otro, una mirada escatológica al mundo que lleve a poner a Cristo en la entraña de todas las actividades, de modo que éstas consigan facilitar un encuentro personal con Él. Este saneamiento de las estructuras será inútil si no va primero acompañado de la conversión de las personas. Una vez establecido ese marco, Pero-Sanz analiza tres temas concretos en los escritos del Beato Josemaría: la pobreza, la misericordia y el trabajo, como muestra de las posibilidades que encierra esta enseñanza.

Sobre ese último tema, el trabajo, versa la aportación de Jean-Marie Aubert, profesor emérito de la Universidad de Estrasburgo y fallecido en 1994. En este libro se recoge una conferencia que pronunció en el Ateneo de Teología de Madrid. En ella desarrolla una aproximación al trabajo como continuación de la obra creadora de Dios, que supone no sólo una *perfectio operis*, sino también una *perfectio operantis*, tanto en una dimensión individual como social. Es más, transformar y humanizar el mundo es una cierta cooperación a la obra de Cristo, quien al haber asumido todo lo humano, ha santificado también el trabajo. Poniendo en diálogo la enseñanza del Beato Josemaría con la del Concilio Vaticano II, destaca Aubert que la visión que el Concilio tiene sobre el trabajo ha sido juzgada por algunos como demasiado optimista; eso supone olvidar —señala— que si bien es cierto el pecado también es real la Gracia. Es por la existencia del pecado por lo que el trabajo necesita ser rescatado y, al serlo, alcanza su perfección. Así llega a un replanteamiento del sentido del trabajo, en el que aceptando el

esfuerzo que supone y el desorden que en él ha introducido el pecado, se puede convertir en santificado y santificador al ponerlo al servicio del amor de Dios y de los demás hombres.

El último de los trabajos recogidos es la conferencia de clausura del XII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra pronunciada en 1991 por Mons. Tomás Gutiérrez, vicerrector Canciller de esa Universidad y Vicario regional del Opus Dei en España. Su intervención iba dirigida a exponer algunas consideraciones sobre la relación entre existencia cristiana y doctrina social de la Iglesia, ya que esta enseñanza es algo inseparable de su doctrina sobre la vida humana, y también ha de ser así en la vida del cristiano. Al tomar pie en los textos del Beato Josemaría no puede dejar el autor de hacer referencia al núcleo de su mensaje: la santificación en el trabajo profesional y por medio del trabajo profesional. La actitud con la que el cristiano debe afrontar esa tarea profesional la dibuja con tres rasgos: responsabilidad personal, optimismo y capacidad creativa, para poder actuar de un modo a la vez eficaz y cristianamente coherente.

En resumen, tres trabajos que ofrecen una nueva aproximación a la enseñanza del Beato Josemaría en un aspecto concreto, hecha desde tres perspectivas distintas que acaban incidiendo en la cuestión del trabajo, como manifestación de una línea de investigación que todavía tendrá que dar muchos frutos.

V. Ferrero

P. DONATI, *Pensiero sociale cristiano e società post-moderna*, Editrice A.V.E., Roma 1997, 378 pp.

Pierpaolo Donati, profesor Ordinario de la Universidad de Bologna y presiden-

te de la Asociación Italiana de Sociología, trata en este libro de la difícil relación entre el pensamiento social cristiano y las ciencias sociales en el contexto de la sociedad contemporánea.

La relación entre pensamiento social cristiano (psc, en adelante) y ciencias sociales ha sido problemática, por no decir negativa, en los últimos siglos. Desde la sociología y otros saberes afines se ha calificado a la teología moral como doctrina obsoleta, a-histórica, utópica, abstracta y autoritaria, por cuanto se percibe como una intromisión en un campo extraño, en virtud de un pretendido saber total extríneco a la realidad social misma. Consecuencia de esta valoración ha sido la exclusión del psc del proyecto social y cultural de la modernidad. Sin embargo, el proyecto iluminista ha conservado en su seno valores del cristianismo secularizados. La evolución de las sociedades complejas actuales ha traído consigo la pérdida del fundamento para esos mismos valores que, para continuar siendo operativos, requieren una nueva fundamentación, imposible ya desde el humanismo de la modernidad.

Desde la teología, la percepción de las ciencias sociales ha oscilado entre la hostilidad y la confusión. Por una parte, ciertas formas de teología han pretendido reflexionar sobre el mundo sin tener en cuenta los avances de las ciencias sociales; por otra, al querer salvar esta distancia, otros enfoques teológicos han dado en reducir sus consideraciones al plano de la sociología. Para Donati, es necesario que las ciencias sociales y el psc establezcan relaciones significativas mutuas, progresivas y no regresivas, como formas no antitéticas de saber social. Entre esas relaciones se destaca la pregunta que constituye el tema central del libro: ¿en qué medida las nuevas expresiones del psc pueden influir en la vida pública de las sociedades actuales?

En concreto, es urgente interrogarse sobre la consistencia del psc, no tanto en sí mismo considerado, cuanto en su relación a la posibilidad de incidir sobre la investigación científica y la acción práctica en el campo socio-político. Encontrar una respuesta exige examinar las condiciones de posibilidad del diálogo entre psc y ciencias sociales. Entre ellas están las siguientes:

a) El psc no puede ser reducido a una función consolatoria para sistemas sociales basados en principios a-morales. La aspiración universalista del psc no se fundamenta en el humanitarismo de atención a la marginalidad social, que sólo podría generar el universalismo de una supuesta «religión civil». La función social a la que aspira es mucho más decisiva: el discurso acerca de la «sociedad buena».

b) El psc no puede entenderse como un sistema doctrinal cerrado, autorreferencial y deductivo, sino como una forma particular de conocimiento que propone una hermenéutica propia, abierta a fuentes ajenas a la revelación religiosa, en concreto a la consideración directa del mundo y la sociedad, objeto de las ciencias sociales. El fundamento de la validez del psc no es, por tanto, meramente deductivo —es decir, exclusivamente dependiente de su coherencia con la revelación— sino que es también inductivo. El psc es relevante para las culturas en la medida en que garantiza la plena reflexividad de los sistemas sociales.

c) El psc se propone como guía ética de la praxis humana porque se sitúa en la perspectiva de sentido, en el contexto de la distinción inmanencia-transcendencia. Pero para serlo efectivamente requiere de mediaciones culturales, tales como las propias ciencias sociales. La peculiaridad del psc es que no encuentra equivalentes funcionales en su carácter de guía práctica.

Todo ello nos lleva a la consideración del status epistemológico del psc. Para el autor, este es el problema clave, porque no se trata de interpretar la teología moral como manifestación cultural de una sociedad, ni de juzgar a la sociología desde la revelación. Se trata más bien, de encontrar las formas de relación entre ambos saberes, reconociendo la independencia de cada uno de esos ámbitos. Independencia, sin embargo, no significa total incommensurabilidad. El psc tiene un lugar en el contexto cultural y científico-social en la medida en que se articula como: principios de reflexividad que configuran una hermenéutica propia de la vida social; criterios de evaluación a la luz de un metacódigo de referencia que, primando los derechos de la persona, tenga en cuenta otros criterios éticos relevantes; directrices de acción que no son imposiciones externas y coercitivas definidas a priori, sino que se proponen como «proyectualidad» en nombre de la dignidad humana.

Desde estos presupuestos, Donati dedica los diferentes capítulos a algunos de los temas más relevantes actualmente en el diálogo entre psc y ciencias sociales: dignidad humana, solidaridad, subsidiariedad, familia, democracia y, finalmente, el problema de la paz. En las conclusiones, el autor dibuja un cuadro conceptual tentativo para enmarcar posibles relaciones entre discurso teológico y discurso sociológico en la cultura contemporánea, que sean capaces de superar las incomprensiones recíprocas.

En resumen, el libro trata un tema de indudable interés tanto para las ciencias sociales como para la teología moral. El análisis de los problemas es riguroso y bien documentado y abre al lector a consideraciones de importancia para hacerse cargo del estado de la cuestión y de posibles vías de diálogo entre ambas tradiciones de pensamiento.

Ramón M. NUBIOLA, *Trabajo y redención en la «Gaudium et spes»*, Ed. Aldaba, Terrasa (Barcelona) 1996, 355 pp., 17 x 24. ISBN 84-023-30-4

«Al tratar sobre teología del trabajo, en seguida se analiza la consideración del trabajo como participación del hombre en el poder creador de Dios. (...) Sin embargo, no sucede lo mismo cuando hablamos del trabajo como colaboración en la redención». Con estas palabras, justifica Ramón Nubiola la elección del tema del presente libro en el que recoge, reelaborada, la tesis doctoral en Teología que presentó en el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, en Roma.

La obra sigue un esquema que se ajusta a los moldes clásicos de los trabajos de investigación de ese tipo: los antecedentes —el Magisterio pontificio, la elaboración teológica y el testimonio espiritual anteriores al Vaticano II—; el cuerpo del trabajo —la etapa conciliar y la elaboración de los diversos proyectos que condujeron a las formulaciones que se encuentran en la *Gaudium et spes*—; un balance final.

La investigación se desarrolla con rigor y exactitud, atenta al significado de los textos y abierta a la vez a las consideraciones de fondo. La conclusión es clara: la Constitución *Gaudium et spes* ofrece una honda enseñanza sobre el valor redentor del trabajo. Y una enseñanza tanto más digna de nota cuanto que, a diferencia de documentos anteriores, ese valor redentor es afirmado sin centrar la atención en el sufrimiento, en el que la literatura teológica y espiritual de siglos anteriores había insistido. La vía hacia una comprensión más profunda del trabajo y, en general, de las realidades terrenas, abierta durante los decenios que preceden al Concilio, encuentra así confirmación.